

SAN ALONSO RODRIGUEZ

OBRAS SELECTAS

**Serie
Grandes Maestros
Nº 4**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla**

SAN ALONSO RODRIGUEZ

OPRAS SELECTAS

Con licencia eclesiástica

D.L.: 23.646-91

ISBN: 84-7770-220

Impreso en España - Printed in Spain

DECLARACION DE LAS PETICIONES DEL *PATER NOSTER*

CAPITULO I

**Que Dios nuestro Señor es padre nuestro.
'Pater noster, qui es in coelis'**

Dios Nuestro Señor es padre nuestro. Eres, Señor, padre nuestro, porque tú nos criaste y nos diste el ser que tenemos. Eres nuestro padre, porque tú nos conservas en él. Eres nuestro padre, porque tú nos mantienes con todo lo criado en el mundo y en la mar, y con las aves del cielo. Al fin, Señor, como verdadero padre nos mantienes con tu providencia de padre de todas las cosas necesarias para el cuerpo y para el alma, así para el comer, como para el vestir, con grande providencia, sabiduría, poder y amor infinito con que nos amas, y de tantas cosas, que no hay lengua que lo pueda declarar; para que vista la largueza de tu amor, nos encendiésemos en tu amor, y para que se vea la grandeza de amor con que nos amas. *Si vos cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater voster, qui in coelis est, dabit bona petentibus se* ¹? Yno

- - - - -
1 Matth. VII, 11.

no solo criaste, Señor, todo el mundo y todo lo que en él hay para servicio del hombre, pero también los cielos, sol, y luna, y las estrellas; y hasta los ángeles quieres que sirvan al hombre.

Eres padre nuestro, porque criaste en este cuerpo un alma semejante a tí, que es espíritu. Padre, porque la criaste para el cielo con libre albedrío y razón, para que buscase el reino del cielo, para el cual fue criado. Padre, porque la diste memoria para que se acordase de tí, su padre, y te alabase y bendijese. Padre, porque la diste entendimiento, para que te conociese, y conociese las mercedes que le has hecho, para que vea cuán buen padre es para ella, pues tan largo es en hacerla bienes y mercedes. Padre, porque la diste voluntad para amar a tan buen padre y señor: para que visto lo mucho que le debes y ha hecho por tí, tú te ocupases toda, como los ángeles del cielo, en amarle con todo tu corazón, alma y fuerzas. Padre, por los favores tan grandes que te ha hecho y hace, y por los muchos peligros de que te ha librado. Padre, porque después de haberte dado todo lo criado, y haberlo hecho para tí, no paró en esto, sino que te quiso manifestar más altamente el grande amor de padre que te tiene, dándote a su Hijo, para que te redimiese, el cual es tan glorioso, tan sabio, y tan bueno y tan poderoso, como es su Padre; para que veas las entrañas tan grandes de amor de tal padre, y la obligación tan grande que tienes de ser verdadero hijo, respondiendo con amor a tan grande amor, y de servir a tan buen padre y señor, de quien tantos y tan grandes mercedes y beneficios has recibido; y que no para en darte tantos bienes, pero si eres fiel hijo suyo, te tiene aparejada la gloria eterna. Padre, que para tu remedio dió a su Hijo con tan grande largueza de amor, ¿qué pudo más hacer? Y su bendito Hijo se dió a sí mismo, redimiéndote tan a costa suya, dando su vida por tí con tan grande amor.

Mira, pues, si eres hijo de tan buen padre, ¿qué es lo que debes hacer por tan buen padre? ¿Con cuánto amor, servicio y agrade-

cimiento debes responder a tan altos y subidos beneficios, como de este tan buen padre has recibido? respondiendo con obras de tal hijo, como se espera, para tan buen padre, porque no te eche de su casa por malo y desagradecido; perseverando y creciendo siempre en todo bien, para que aficionado tu padre a tí, te dé la herencia de la bienaventuranza, por haberle sido siempre fiel, la cual gozarás para siempre jamás, estando siempre allá en su gracia sin jamás perderla. Este Señor es el verdadero padre , y a él hemos a boca llena de llamar *Pater noster*. Este Señor nos enseña el camino del cielo, para que vamos allá. *Ego sum via, veritas, et vita* ¹ . El es el que nos enseña, como él dice: *Discite a me, quia mitis sum* ² . El es el que quiere tratar con nosotros, y que nosotros fratemos con él, para que le sigamos, e imitemos a su Hijo, y para enseñarnos a orar, y tratar con él con familiaridad de verdaderos hijos con su padre.

CAPÍTULO II

Ponderación del gran valor de la oración, y de cómo Dios gusta que vamos a él a negociar nuestras cosas, como hijos con su padre, con toda humildad

Es de gran valor la oración para alcanzar de Dios remedio para todas nuestras necesidades: la cual Cristo Nuestro Señor por su boca divina le enseñó a sus discípulos, dándoles para que orasen la oración del *Pater noster*, para que le pidiésemos lo que en él se

1 Joan. XIV, 16.

2 Matth. XI, 29

contiene. Y parece que en este principio del *Pater noster, qui es in coelis*, se encierran todos los modos de orar, que han tenido los Santos, aunque cada uno ore de diversa manera.

Es cosa tan alta y divina la oración y el tratar y negociar con Dios, que no sólo la usan los hombres en la tierra, acudiendo todos a Dios en sus necesidades a pedirle favor y ayuda, como a Señor universal que es de todo, porque todo cuelga de él, y él solo es el que lo puede todo remediar, y favorecer a sus necesidades y trabajos, y él es el que los favorece, como padre que tanto los ama; pero esta oración, y con perfección, la ejercitan los ángeles en el cielo, ocupándose allá en amar a su Dios, que presente tienen, con grande y abrasado amor, contemplándole, y adorándole, y reverenciándole, y pidiéndole mercedes para los que a ellos se encomiendan que rueguen por ellos. Y no solo los ángeles se ejercitan tanto allá en el cielo en este santo ejercicio de la oración, pero la Virgen María, Madre de Dios, y su Hijo bendito en cuanto hombre, exceden en la perfección de ella a todos los bienaventurados juntos. Pues ¿qué diremos del mismo Dios, que con infinita perfección la está siempre ejercitando esta oración?

Porque ¿qué cosa es oración, sino estar el alma ocupada con Dios, amándole, y contemplando sus perfecciones? Pues el mismo Dios de infinita bondad y de infinitas perfecciones, siempre está conociéndose, y contemplándose, y amándose con infinito amor, porque él solo se comprende, y se ama como merece, con amor infinito. Todo lo que nosotros oramos es de poca perfección, en comparación de la oración que hacen los ángeles en el cielo: pues, ¿a dónde llegará la perfección de Jesús y de su Madre, la cual excede a todos ellos? Pues ¿qué será y a donde llegará la perfección de la oración de Dios, el cual siempre se está amando infinitamente, y contemplando? Porque él solo es el que dignamente e infinitamente se contempla, ama, y alaba; porque él solo es el que comprende su infinita bondad,

y así él solo es el que se puede amar, como él merece; y así en su divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

Pues si los padres carnales aman tanto a sus hijos, y más si son buenos, y con el grande amor que los tienen los levantan, y honran, y enriquecen, y si pueden hasta hacerles reyes, ¿qué hará Dios con sus hijos, que los ama con amor infinito, y sus riquezas son infinitas? Por lo cual dice él así: *Si vos, cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater vester, qui in coelis est, dabit bona petentibus se* ¹ ? Pues si el amor carnal llega a tanto, ¿qué hará el amor de Dios, que ama a sus hijos, que son los que están en su gracia, con amor infinito, como verdadero padre? El cual excede al amor carnal de los otros padres infinitamente, como se ha declarado en lo pasado, y en lo que Dios ha hecho y hace por ellos.

Y pues, si el rey Asuero amó tanto a la reina Esther, su mujer, que entrando ella a hablarle, estando puesta tan grande pena de muerte al que en aquel tiempo entrase a hablarle, y ella como le viese con tan grande majestad, se desmayó delante de él; y él, como la amaba tanto, consolándola la dijo: "No temas, Esther, que la pena de muerte que está puesta, no está puesta para tí: por tanto pide lo que quieras, que aunque pidas la mitad de mi reino, yo te lo concederé;" y ella volviendo en sí y esforzada con el favor del rey, pidió y alcanzó del rey lo que ella tanto deseaba, que fué el remedio de su pueblo, que los querían a todos matar; pues si el rey Asuero, con el grande amor que tenía a la reina Esther, su mujer, la prometió la mitad de su reino, si se lo pedía, veamos, pues, Dios Nuestro Señor ¿qué dará a sus hijos, que los ama, no como Asuero a la reina Esther limitada-mente, sino infinitamente? Pero dará con su gran liberalidad y amor infinito a su amada esposa y querida a si mismo, diciéndola, como dijo el padre del hijo pródigo al hijo mayor

1 Matth. VII, 11

Omnia mea tua sunt ¹, como padre que tanto ama a sus hijos.

Y como es tan grande este amor que se tienen los dos, y es tan grande su amistad y familiaridad del padre con el hijo, y de la esposa con el esposo, que llega a tanto, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es, de manera que viene a lo que dice la esposa: "Mi amado y querido es para mi, y yo soy para él;" de manera que Dios, como nos ama con amor infinito, conforme al amor son las mercedes que hace a sus hijos; que es tan grande, que de amor se da a sí mismo, como se lo prometió este Señor a Abraham, diciéndole que por los servicios que le había hecho, el premio que le daría sería a sí mismo: *Ego ero merces tua, magna nimis* ². Adonde se manifiesta el infinito amor con que Dios nos ama: pues nos da de amor cosa infinita, como es a sí mismo, (si le somos buenos hijos), lleno de infinitos tesoros y riquezas de bondad, y hermosura, y resplandor, y gloria, y sabiduría, y poder.

Pues digamos a boca llena: *Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum*. Y siempre le pidamos mucho; como lo hizo Santo Tomás de Aquino, que alabándole Dios, que había escrito bien de él sobre el Santísimo Sacramento del altar, le dijo Dios que pidiese mercedes, y él dijo y pidió altamente, porque pidió a él mismo, diciendo a Dios: *Nihil aliud, nisi te ipsum volo*; como aquel que sabía bien las entrañas de amor de tan buen padre, como tenemos.

Y para más claridad, tocándolo con las manos, se verá en el ejemplo que se sigue de Santa Isabel: la cual se quejaba a su confesor, diciendo que no le parecía a ella que Dios la amaba como ella quisiera. Respondió el confesor diciendo: "Más te ama Dios a tí, que todos los bienaventurados a Dios." A ella

¹ Luc. XV, 31.

² Gen. XV, 1.

parecióle exageración, y dijo ella: "Crearé yo eso, cuando aquel

árbol se arranque, y se pase de la otra parte del río" Y no hubo dicho esto, cuando el árbol se arrancó, y se pasó de la otra parte: y quedó admirada y llena de gozo de ver lo que Dios habla hecho en testimonio de que la amaba. Y pues vemos el grande amor que Dios nos tiene, vamos a él a pedirle mercedes, y perseveremos; que es cierto que como padre que tanto nos ama y que todo lo quiere, puede, que nos dará lo que le pidiéremos, como más nos convenga: porque él siempre mira nuestro buen provecho, mejor que nosotros; y como él no nos puede engañar, y nosotros sí, seguros podemos estar y fiarnos de tan buen padre que hará nuestro negocio, como mejor nos convenga.

Miremos cómo le fue a la Cananea, pidiendo a Cristo Nuestro Señor salud para su hija con tan gran perseverancia, que probándola el Señor, la desechara cuando le pedía salud para su hija, diciéndola: *Non sum missus sumere panem filorum et mittere canibus* ¹. Y con todo eso perseveró tanto con el Señor, que soy perra, pues os he ofendido tantas veces; pero mirad, Señor, que *Nam et catelli edunt de micis, quae cadunt de mensa dominorum sourum*: y como a aquellos, Señor, no les faltan las migajas que caen de la mesa de sus señores; caiga, Dios, mío, de la mesa de tu misericordia alguna migaja para mí, aunque indigna de tanto bien" A la cual respondió el Señor, alabando su perseverancia y fe: *O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis*. Y así alcanzó con su perseverante oración lo que tanto deseaba, que era la salud de su hija. Para que se vea cuánto nos conviene orar, y perseverar, y no desmayar: pues Dios tiene más cuidado de nosotros, que nosotros mismos, aunque algunas veces nos prueba, para nuestra mayor corona, si esperamos al Señor; porque algunas veces de mañana se tarda: esperemos que ya vendrá, y nos consolará.

¹ Marc. VII, 27

Miremos cómo le fue al hijo pródigo que había sido tan malo:

volviendo sobre sí, viéndose del todo perdido, determinóse de humillarse, y de volver a la casa de su padre, conociéndose por malo, e ir a su padre, y decirle conociendo su pecado: *Peccavi in coelum et coram te*¹, y rogándole y pidiéndole que ya que no merecía que le recibiese en su casa como a hijo, que quisiera que le recibiese como a criado. Y él lo puso por obra; y yendo roto, y desnudo, y perdido, acudió a la casa de su padre; y como el padre le vio desde lejos, y viese que su hijo perdido venía, acudió luego a él para ganarle y recogerle: y así con el amor de padre fué a él con los brazos abiertos a recibirle, y le recibió, y abrazó, y dió beso de paz, y le vistió, y le hizo una gran fiesta y convite, y con gran música le hizo grande fiesta. Así hace Dios a las almas que se le han ido, que como Padre que tanto las ama, de que vuelven a el, no se enoja con ellas, ni las da en rostro porque le dejaron y se fueron de su casa; antes las acoge luego y les hace gran fiesta, porque no se le vayan otra vez, y se pierdan. ¡Oh cuán bien que le fue a este hijo pródigo, que estaba perdido, con su tan buen padre! pues con tan grande amor le recibió, y el que estaba perdido se ganó por la bondad de su tan buen padre.

Pues, ¿qué diremos de aquella Magdalena, perdida y llena de pecados, como le fue tan bien y prósperamente con su padre Jesús, por volverse a él? La que estaba perdida quedó ganada, y la que estaba llena de pecados quedó (por volverse a su padre a pedirle perdón), quedó amiga suya y limpia de pecados, por haberlos llorado delante de su padre Jesús; y la que era enemiga (por estar llena de pecados), por la contrición y lagrimas quedó limpia y amiga, y mereció tanto delante de su padre Jesús, que fué perdonada por él de todos sus pecados, quedando en gracia y amistad de su padre; y vino (por haberse vuelto a su padre), a ser tan grande santa. ¡Oh cuán grande fiesta y regocijo que se

¹ Luc. XV, 21

hace en el cielo, cuando el pecador se convierte a su Dios, y

hace penitencia de sus pecados! Pues alabemos y bendigamos a tan buen padre, como tenemos, que con tan grande amor nos recibe cuando nos tornamos a él a pedirle perdón. Pues amemos a tan buen padre, como lo hizo la Magdalena, porque se diga también de nosotros: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum* ¹. Y seamos agradecidos a tantos beneficios y mercedes, diciendo: *Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum*, como verdaderos hijos de tan buen padre.

CAPÍTULO III

**De cómo en todo lugar y en todo tiempo y siempre
hemos de alabar y bendecir a Dios como a padre
y Señor, a quién tanta obligación tenemos.
"Sanctificetur nomen tuum"**

Esta petición que se sigue, con todas las demás del *Pater noster*, enseñó Cristo Nuestro Señor, enseñándolos a orar, a sus discípulos, y así con ellos, imitándolos, digamos : *Sanctificetur nomen tuum*, Santificado sea tan buen Padre, tan buen Dios y tan buen Señor, *Semper, laus eius in ore meo* ², que no se desprecia de tenernos por hijos, amándonos con amor infinito. Hagamos, pues, obras de verdaderos hijos, pues tanto se lo debemos, sirviéndole todo lo posible, como los ángeles del cielo, para que como ellos, imitándolos, alabemos y bendigamos en todas las cosas a tan buen padre. Santificado sea tan buen padre, adorado, reverenciado, amado y estimado con estimación infi-

¹ Luc. VII, 47.

² Ps. XXXV, 1.

nita, alabándole y bendiciéndole en todas las cosas que nos enviare, pues todo viene de su mano tan amorosa y buena, como de tal Padre y Señor, y Señor nuestro. Hagámosle, pues, muchas gracias en todo lo próspero y en todo lo adverso, y sirvámosle, y seámosle agradecidos en todas las cosas que nos vengan, y nos envía este nuestro buen padre.

Si estoy enfermo, digamos: "Santificado sea tu nombre, " pues es tesoro grande enviado de mano de tal padre. Si me viniéren tentaciones, digamos: "Santificado sea tu nombre", porque *Beatus vir, qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae* ¹; y ellas son el ejercicio de las virtudes y de la santidad, y el camino por do el alma alcanza grandes coronas de gloria; y este santo padre nuestro nos dará gracia, y hará que saquen sus hijos de ellas grandes tesoros espirituales. Si nos vinieren persecuciones y trabajos, como a Cristo, digamos con todo nuestro corazón: *Agimus tibi gratias, Señor, pues nos envías en qué imitemos a tu Hijo Jesús: pues todo para en coronas de gloria, que para eso lo envía nuestro padre celestial: porque nos ama tanto, por eso nos regala tanto; y sus mayores regalos en esta vida es darnos trabajos, para que con ellos seamos más ricos y más santos; y digamos conociendo este gran tesoro: Absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi* ²; porque eso poco que acá padecemos es para bien nuestro en la otra vida y de gran premio. *Modica passio, gloria infinita*, decía el glorioso San Francisco.

Si nos regalare nuestro santo padre con consuelos algunas veces, digamos también: *Sanctificetur nomen tuum*, Señor mío y Padre mío, que yo no soy digno de consuelos, sino de azotes; pero si Vos lo quereis así, yo os alabo y bendigo y hago gracias por todo, Dios mío. Si me probáredes y reprobáredes, *Sanctifi-*

1 Jac. I, 12.

2 Gal. VI, 14.

cetur nomen tuum, que no me enojaré, sino que os daré por todo gracias, y no por eso dejaréis de ser mi Padre y mi Señor, antes lo conoceré por particular beneficio, y amor que me teneis. Disponed, Padre mío y Dios mío y Señor mío, de mí a vuestra voluntad, que de eso me gozaré yo; pues estoy cierto que no has de ordenar cosa jamás ni permitir, que no sea para tu gloria y honra, la cual es el sumo deseo y contento de mi alma, que todo resulte en gloria tuya; y que ninguna cosa nos puede venir, próspera ni adversa, sino queriéndolo tú ó permitiéndolo; y todo lo que nos envías, es para nuestro provecho, como de mano de tal padre, y para salvación de nuestras almas, con el amor tan infinito con que nos amas: porque a la medida del amor es el gran bien que nos procuras; y este es infinito. Y pues busca nuestro bien y salvación, conviene en todas las cosas que nos vengan en esta vida, considerar al Señor por autor, y no al prójimo, ni al demonio; y como cosa venida de mano de tan buen padre, que en todo busca nuestro bien, salido todo de aquel pecho de su infinita caridad y amor, con que nos ama, como verdadero Padre y Señor. Digamos, pues, a nuestro tan buen padre; *Sanctificetur nomen tuum*.

Hagamos, pues, el oficio de los ángeles del cielo acá en la tierra, como le hacen ellos allá en el cielo, santificándole y amándole siempre con acto continuado de amor a este gran Señor y Dios nuestro, adorándole, reverenciándole, y estimándole, y sirviéndole infinitamente con grandes servicios y agradecimiento: y no solo imitando a los angeles, pero a los arcángeles, potestades, dominaciones, querubines y serafines: y no solo a estos, pero a la Virgen María y a su bendito Hijo, viviendo perpetuamente abrasados como ellos en su amor. Pues tan grande es el amor que debemos a éste Señor, que tanto nos ama, no menos que con amor infinito, y tanto ha hecho y hace siempre por nosotros, y esperamos que hará, pues tanto nos ama. Adoremos y reverenciemos a tan gran Señor, el cual nos

quiere dar a sí mismo de amor en premio eterno de la gloria y bienaventuranza, para que le gocemos para siempre, si le servimos. Sirvamos, pues, a tan buen Señor en esta vida y en la otra con todas nuestras fuerzas y corazón, pues es tan grande merecedor de que cada criatura le sirva y adore, como todas las criaturas juntas del cielo y de la tierra le adoran, aman, y sirven; pues tanto se lo debemos, y su infinita bondad y amor con que nos ama lo merece, haciendo oficio acá en la tierra de ángeles del cielo, andando siempre como ellos en su presencia con amor y temblor, ofreciéndonos todos del todo a su Majestad, para servirle, si posible fuese, infinitamente, con su gracia, para que así acabando con este fervor de devoción esta peregrinación, alcancemos su gracia y su gloria. Digamos, pues, alabando a este Señor y Dios nuestro: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur. Te aeternum Patrem; omnis terra veneratur. Tibi omnes angeli; tibi Cherubin et Seraphim incessabili voce proclamant. Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt coeli et terra majestatis gloriae tuae.* Santificado sea el tu nombre, Dios mío y Señor mío; así en la tierra como en el cielo. *Semper laus ejus in ore meo*, bendiciéndote y alabándote para siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO IV

Declaración de la petición que dice "Adveniat regnum tuum", y del primer reino y paraíso que el alma ha de pedir a Dios

Cuatro reinos y paraísos que el alma ha de pedir a Dios y alcanzar con su divina gracia, son los que siguen, los cuales ha

de alcanzar de Dios el alma con la oración y mortificación. El primer reino es el de la gracia y amistad de Dios, cosa tan preciosa. El segundo es el de la gran paz del alma. El tercero es el de la contemplación y unión del alma con su Dios. El cuarto reino es la de la gloria, gozando de Dios en clara visión en el cielo. En los cuales cuatro reinos y paraísos entran las cuatro divinas paces y tranquilidades del alma.

Pues viniendo a la declaración del primer reino y paraíso del alma que ha de procurar el alma y pedir a su Dios, es su divina gracia, para que con ella alcance los demás: porque esta causa en el alma suma paz y tranquilidad, y tanto mayor cuanto esta gracia y amistad que tiene con su Dios es mayor; como aquella que tiene prendas de Dios, allá dentro de sí, de su amistad y gracia; la cual estima el alma en tanto, con amor con que ama a su Dios, que no hay modo de poderlo del todo declarar ni encarecer: porque llega a tanto esta estima que tiene al ser agradable a Dios y estar en su gracia, que antes padecería de buena gana todas las penas del infierno, que perderla, ni hacer cosa en que perdiese esta gracia y amistad de Dios, por ser de tanto precio: y así más se espantaría y sentiría el perderla: que no el estar con ella en el infierno padeciendo todas las penas que padecen todos los condenados, segun estima el no ofender a Dios, y contentarle, (y esto solo en cuanto a la pena, pero no en cuanto al apartamiento del amor de Dios, y de su gracia, porque esto no es lícito), y porque gusta tanto el alma de ser amiga de Dios, que por contentarle romperá no solo con perder mil vidas que tuviese, pero está ofrecida a lo dicho, antes que ofenderle en un pecado venial conocidamente, y esto salido todo del amor tan grande que le tiene.

Esta gracia tan preciosa se alcanza con la verdadera contrición, y crece de cada día el alma más y más en ella, si crece la contrición; y también con el ejercicio del tratar con Dios, porque como por aquí crece en su amor, crece en su gracia, y en

el agradecimiento de los muchos y grandes beneficios que el alma ha recibido de su Dios y de Cristo Nuestro Señor; a la cual por este camino le da Dios cada día más y más conocimiento de la gravedad del pecado, y del gran mal que ha hecho en haber ofendido a tan buen Señor, de quien tantos bienes ha recibido: por el cual camino va creciendo en el amor, y en su gracia, y en la contrición y pesar de haber ofendido a su Dios, y en el propósito más firme de servirle con más perfección, y de no le ofender jamás.

Es de tan gran valor esta gracia de Dios y estar en su amistad, que no hay lengua que lo pueda del todo encarecer, por valer más que millares de mundos. Esta gracia de Dios es el paraíso y hermosura del alma, es su gran tesoro y riqueza, es su gran regalo y consuelo, es su gran tranquilidad y paz y reposo, es el deleite del alma y su sumo contento, es el paraíso del alma en esta vida, hasta llevarla al cielo a gozar de Dios; porque acá con ella ya goza de este paraíso de la gracia, pero allá le gozará con actual vista y gloria, y poseerá lo que acá con deseos y obras procura. Es tan hermosa y graciosa a los ojos de Dios el alma que está en caridad y su gracia y amistad, que de la tal alma dijo el Espíritu Santo: *Vulnerasti cor meum, soror mea et sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*¹; y esto porque estás graciosa y hermosa a mis ojos. Y porque tú me amas tanto a mí, te amo yo tanto a tí, que *Vulnetasti cor meum*, no sólo *in uno oculorum tuorum*, pero también *et in uno crine colli tui*, es a saber, con un cabellito de los de tu cabeza, de los que cubren tu cuello, que significa tu grande humildad. Y los verdaderos humildes están en gracia de Dios, porque *Humilibus autem dat gratiam*².

Estos tales son los graciosos a los ojos de Dios, los que viven

1 Cant. IV, 9.

2 Prov. III. 34.

en caridad y humildad. Porque así como el alma hermosea y da vida al cuerpo, y sin ella ni tiene vida ni hermosura; así la gracia de Dios es vida y hermosura del alma, y sin ella no la tiene, sino que está muerta, porque le falta la gracia, que es la vida y hermosura del alma. Pregunto: ¿qué es esta gracia de Dios en el alma? ¿Que tan linda y hermosa la pondrá? Y ¿que tan hermosa la pondrán estas dos virtudes, que el que las tiene, está en gracia de Dios, y está Dios en el alma, y ella en Dios? Pues que así es, ¿que tan hermosa y resplandeciente estará el alma, en la cual está Dios, comunicándola de su gracia, de sus favores, de su resplandor y perfecciones, como aquel que tanto la ama, por lo cual es a sus ojos tan preciosa, graciosa y hermosa, estando él en ella, y ella en él, con grande amor de los dos? Si una nube, de que está muy oscura, fea y negra, y espantosa a los ojos del que la mira, si el sol la embiste de lleno en lleno, verán que de oscura y fea que era, la pone el sol muy resplandeciente y hermosa, y la viste y atavía de colores, y de gran resplandor, belleza y hermosura; la cual es muy agradable a los ojos del que la mira, comunicándola el sol, que la embiste, de su virtud, resplandor y hermosura: pues ¿qué hará Dios al alma, que él la toca y convierte a sí, y saca del poder de Satanás, y la da su gracia? *Lavabis me, et super nivem dealbabor*¹.

Y pues tanto obra una criatura, como el sol, con otra, ¿qué hara Dios con el alma, que tanto le costó? Que cuando la embiste con su gracia, y la viste y atavía de sí mismo, desnudándola de todo lo malo, y vistiéndola de su gracia, virtudes y perfecciones, hermosura y santidad, y de su divino resplandor, de fea que la pode hermosa, y de mala la sana, y da salud y su gracia, para que, mude de vida y sea buena y santa, y de desgraciada venga a ser graciosa y amable a los ojos de Señor, por haberla él vestido de su hermosura y ataviado de su gracia, y de sus perfecciones,

1 Ps. L., 9.

y dones, siendo hecha a su condición. Pues quien tanto ama al alma que está en su gracia, que dice de ella este Señor: *Vulnerasti cor meum, soror mea et sponsa mea, vulnerasti cor meum*, y esto de amor de su grande amor y hermosura, pues ¿qué hará por la que él tanto más ama y le es tan graciosa, pues a la medida del amor, hace las mercedes a la cosa amada, y la honra y levanta? ¿A dónde llegará la hermosura del alma hermo-seada del mismo Dios, que es infinitamente hermoso y poderoso, y tiene su corazón llagado de amor de ella? ¿A dónde llegarán las riquezas y mercedes que la hará, y tesoros de amor; y ella se dará toda a él.

Considero cuán llena de Dios estará el alma que está en su gracia, y qué llena de todos sus bienes, la que tiene a su Dios por suyo, porque fue tan graciosa a sus ojos; y de sus perfecciones y virtudes, que la guardan de todos los vicios y pasiones, y de todo el infierno; pues el esposo dice a su querida y amada la esposa: *Vulnerasti cor meum, soror mea et sponsa mea, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum et in uno crine colli tui*.

Dos cosas dice el esposo de gran ternura y amor: la una es *Soror mea*, y la otra *Sponsa mea*: porque como estas dos cosas son las más amadas de los del mundo, según la carne; así según el espíritu, las dos cosas más amadas por Dios en el alma serán las que dice el Espíritu Santo que tienen llagado su corazón, que son : *In uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*, es a saber, la gran caridad y amor de Dios, con que el alma ama tanto a su Dios, que es la una; y la otra es la humildad, que significa el cabellito de su cabeza.

Pues, Señor mío, ese ojo que tiene tan hermoso vuestra esposa, que así os ha llagado vuestro corazón, es el amor tan grande con que os ama: con el cual ojo se anda siempre remirando cómo os contente siempre más, buscando en todo vuestra mayor gloria y honra; porque ella tiene muchos ojos con que os agrada mucho,

que son todas las virtudes: y como este amor es fuego, la da gran luz para que os vea y conozca divinamente, y de esta vista crezca más en vuestro amor; y mientras más ella os ama, más hiere vuestro corazón; y como ella crece en vuestro amor, todas las demás virtudes, que en ella hay, con este amor crecen más en ella: porque este amor de Dios las levanta a mayor perfección, porque ella es la reina de todas las virtudes.

Y así como cuando una reina es muy poderosa y rica, todas sus damas y doncellas medran por ella, siendo levantadas y honradas y enriquecidas por su poderosa reina; así pues, ni más ni menos, como la reina de todas las virtudes sea la caridad y amor de Dios, y ésta es tan poderosa reina y rica, enriquece y sublima y levanta en el alma en gran perfección todas las demás virtudes. Y si la caridad hermosea el alma más que no el sol y la luna y las estrellas hermosean al cielo, ¿qué será con las demás virtudes, que son más hermosas que las estrellas del cielo, que hermosean al alma como esmaltes preciosos sobre el oro, mejor que no el sol y la luna y las estrellas hermosean al cielo? Por lo cual se dice bien: *Vulnerasti cor meum, soror mea et sponsa mea, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum et in uno crine colli tui*. Pero es de notar, que aunque pone por principal este *oculorum tuorum*, pero añade luego *et in uno crine colli tui*: dando a entender cómo le agrada a Dios el alma con un cabellito de los que cubren su cuello.

Es tanto lo que le agradan a Dios estas dos virtudes, de la caridad y humildad, que parece que no se acuerda de ponderar las demás: porque el que tiene estas dos, las tiene todas. El cual cabellito significa la humildad, porque el cabello es una cosa muy vil y baja; dando a entender el Señor lo mucho que le agrada que el alma se tenga en poco, y en nada, y por vil y baja, como un cabello de la cabeza, que no vale nada, y que se echa en el muladar; y que ande siempre metida en este establo hediondo de su conocimiento, pareciéndose siempre mal,

porque entonces parece bien a Dios: y tanto cuanto es a sus ojos más vil y despreciable, tanto es más preciosa el alma a los ojos de Dios.

Estas dos grandes virtudes roban y hieren el corazón de Dios, y engendran en el alma una cosa divina y angélica, con la cual agrada el alma tanto a Dios: lo cual es la gran limpieza y pureza del alma: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*¹: la cual la pone delante de Dios como un ángel del cielo, purificándola de pecado. Estas dos la traen siempre en medio, enseñándola y ayudándola con su luz, para que no caiga: con la luz es enseñada, y con su poder es guardada de Dios, para que sea ángel en la tierra. Y así se verá que como son estas dos virtudes las que más agradan a Dios; así de ellas diremos que dice el Espíritu Santo: *Vulnerasti cor meum, soror mea et spona mea: vulnerasti cor meum, in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*. Y así se verá que se aman tanto estas dos virtudes, la una a la otra, que siempre andan juntas, como dos buenas hermanas. La caridad levanta al alma a gran perfección y santidad; y la humildad la sustenta, porque no caiga de la alteza, que ha ganado y recibido de Dios, por soberbia.

Es tan gran cosa y tan alta esta gracia de Dios en el alma, que más querría yo estar en el infierno padeciendo todos los tormentos que allá hay, estando en gracia de Dios, que no en el cielo sin esta gracia de Dios: y tanto cuanto más crece uno en esta gracia de Dios, tanto más crece en dones de Dios y en las virtudes, y después es mayor su gloria y corona. Y así la Virgen, como fué llena de gracia, como se lo dio el ángel: *Ave gratia plena*; tuvo más dones y perfecciones y gloria que todos los cortesanos del cielo, después de su Hijo: porque tuvo más gracia, y fue a Dios más graciosa y preciosa, que todos ellos juntos.

¹Matt. V, 8.

Pues ¿qué diremos de la gran paz que da al alma la buena conciencia, y quietud y reposo de corazón, como aquella que tan grandes prendas y señales tiene que está en gracia de Dios y en su amistad? Pues si tan grande bien tienen y da Dios a los que están en su gracia y acaban en ella, ¿qué tan grande mal tendrán las que acaban en desgracia de Dios, y son condenados? Es tan grande mal, que mayor pena tienen los condenados en el infierno, por verse privados de la vista de Dios, que de la misma pena y tormento que padecen: y esta pena y tormento es mayor que toda la pena y tormentos que han padecido todos los mártires del mundo.

Esto es lo que padece cada alma condenada a penas eternas: y el alma que acaba en gracia de Dios va a gozar de Dios en compañía de los ángeles; y la que no, va al infierno en compañía de demonios, que sólo ver uno en su fealdad, se caería luego muerto de espanto el que lo viese, pues ¿qué será verse entre tantos?

Los remedios para alcanzar cosa tan alta y preciosa, como es la gracia de Dios y su amistad, (la cual si el alma acaba esta vida con ella graciosa a los ojos de Dios, la libra de condenación eterna, y la lleva a que goce del premio eterno de la bienaventuranza, para que goce de su Dios en compañía de los cortesanos del cielo), son los siguientes.

CAPÍTULO V

Del primer medio para alcanzar la gracia de Dios

Pues el primer remedio que ha de tomar el alma para alcanzar esta preciosa perla de la gracia de Dios, es que muy despacio y con grande estudio y diligencia se ocupe algunos días en

proveer de hacer una confesión general de toda la vida, por escrito, si sabe escribir: porque mirándolo algunas veces y leyéndolo, vea que va tan acabada y entera, que no se le acuerda otra cosa, por el grande exámen que ha hecho; y esto encaminado por su sabio confesor o por algún confesonario que le encamine: y cuando vea que está en sí satisfecho que no hay más que notar, se ha de poner algunos días, antes que se confiese, a ponderar los muchos y graves pecados que ha hecho y cometido contra su Dios, al cual ha sido tantas veces traidor, rebelándose la criatura contra su Criador; poniéndolos en una suma delante de sí y de su Dios, particularmente los más graves; y postrado delante de su Dios tan bueno, al cual ha hecho tantos agravios y traiciones ofendiéndole, le hablarás (mirándole a él, y mirándote a tí tan malo, y lleno de tantos y enormes pecados) le hablarás de esta manera:

"¿Es esta la paga que os doy, Dios mio y Señor mio, porque criasteis para mi servicio los cielos y la tierra, el sol y la luna y las estrellas, y que hasta los ángeles queréis que me sirvan? ¿Es esta la paga que os doy y los servicios que os hago? Criasteis las aves del cielo, y los animales de la tierra, y los pescados de la mar, y todas las cosas que la tierra cría, para mi servicio, y ¡que yo os haya sido tan desleal! ¿Es esta la paga que os doy y los servicios que os hago? ¡Y que hayais tenido tanto cuidado de regalarme con todo lo criado, no mereciendo yo estos regalos, sino penas eternas; y que haya tenido tanto cuidado la bondad de la maldad, el señor del esclavo, haciéndole siempre mercedes, para que viendo la criatura la largueza de la bondad de Dios y su amor, ella se encendiese en el amor de tan gran Señor, a quien tanto debe! ¿Es esta la paga, Dios mio de mis entrañas, por el beneficio tan grande, que me habéis hecho, en haber dado vuestro santísimo Hijo, para nuestro remedio, adonde nos declarasteis altísimamente el grande e infinito amor que nos tenéis? ¿Es ésta la paga, Dios mío, que os doy porque

vuestro santísimo Hijo me redimió tan a costa suya, y dió la vida por mí y por todo el mundo? ¿Es ésta la paga y el agradecimiento que os hago, por que no me tenéis en el infierno, castigándome como yo lo merezco, esperándome para que yo me vuelva a Vos y me enmiende, mereciendo estar allá tantos años ha ardiendo en vivas llamas por mis pecados?"

"¡Oh Dios mío, y Señor mío, quién nunca te hubiera ofendido! ¡Oh quién hubiera padecido mil muertes antes que haberte ofendido, Dios mío de mis entrañas! ¡Oh quién te hubiera servido como todas las criaturas del cielo y de la tierra! ¡Oh quién te hubiera amado y servido infinitamente, y a mí me hubiera aborrecido sumamente y despreciado! ¿Adónde estaba esta tu criatura, a la cual has hecho tantos beneficios y mercedes? ¡Qué descuidada ha estado en servirte, metida en el olvido de tan buen Dios, y en el acuerdo de seguir su mala vida! ¡Oh Dios mío! y Señor mío! perdóname, que a mí me pesa en las entrañas y en el corazón de haberos ofendido. Tened misericordia de mí, pues a Vos me vuelvo, como a mi padre y Señor de tantas misericordias, que yo propongo de aquí adelante la enmienda y de serviros como fiel hijo con grande perseverancia, amor, y agradecimiento, con vuestra gracia. ¡Oh Dios de mi corazón! ¡que ames tú tanto a quien no lo merece, sino ser de tí aborrecido y echado en el infierno! Bendito seas, Dios mío, para siempre jamás. ¡Que esperes al que no te busca, y busques al que huye de tí! y ¡que hagas tan buenas obras al que a tí te las hace tan malas, ofendiéndote! ¿Quién no muere de amor de tan buen Señor? ¡Y que te acuerdes del que tanto se olvida de tí! ¡Oh bondad de tal Dios!"

Al paso que el alma se enciende con este ejercicio y otros en el amor de su Dios, a ese paso crece en ella la contrición y dolor de sus pecados, y el propósito firme de no ofender a Dios por la vida.

CAPÍTULO VI

De cómo al paso que anda el amor y crece en el alma, a ese mismo paso anda la contrición, y crece el alma en ella, y en la gracia de Dios

Dios toca al alma, primero en el corazón, para traerlo a su gracia, y la mira con ojos de piedad; y ella entonces se despierta al conocimiento de sus pecados y a la gravedad de ellos, y al conocimiento de Dios, por haberla Dios mirado y tocado, al cual Señor conoce tantas veces haber ofendido; como lo hizo con San Pedro, que mirándole el Señor y tocándole, luego cayó en la cuenta del mal que había hecho en negar a Cristo; y luego le pesó tanto, que lloró este pecado amargamente. Y lo mismo hizo con la Magdalena, mirándola, despertándola, y tocándola en su corazón: de do le vino el conocer sus pecados y mala vida, y el llorar tanto el haber ofendido a su Dios, postrada a sus pies, regándolos con sus lágrimas y limpiándoselos con sus cabellos, con tan gran dolor de haber ofendido al Señor : por lo cual mereció oír aquellas tan dulces palabras: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*¹.

Tanto cuanto más el alma conoce a su Dios, tanto más le ama y se aficiona a él; y cuanto más le ama, más le pesa de haberle ofendido: y así se deshace en lágrimas y dolor y pesar de haberle ofendido, y así va creciendo por este camino en el conocimiento de Dios, y así más y más crece en el amor de Dios: el cual crecimiento no tiene cabo, ni el pesar de haberle ofendido; y así es grande la determinación que tiene el alma

1 Luc. VII, 47.

enamorada de Dios de no le ofender jamás, aunque le costase mil vidas. Este amor tan grande que ha cobrado el alma a su Dios, la hace que crezca mucho en el servir a Dios cada día con más perfección, y que viva limpia de pecado, como un ángel. Este amor la hace que sea muy agradecida a los beneficios y mercedes que ha recibido de su Dios; porque el que ama, tanto cuanto es mayor el amor con que ama al amado, tanto estima en más las mercedes y bienes que le ha hecho. Miró Dios y tocó el corazón de David por medio del profeta Natán, y en ese punto, por olvidado que estaba del gran mal y pecado que había hecho, luego cayó en la cuenta y lloró amargamente sus pecados: por el cual camino todos alcanzaron perdón.

Este fue el oficio de los santos, el llorar amargamente sus pecados: como lo hizo nuestro santo Padre Ignacio, y San Francisco, y todos los otros. Por todo lo cual se verá la grande contrición que alcanzaron y tuvieron, y tan grande pesar de haber ofendido a su Dios, y propósito firmísimo de no le ofender jamás. Este es el camino por do el alma alcanza la gracia de Dios y su amistad. Esta caridad y contrición andan siempre juntas: y aunque esta contrición es amarguísima, del dolor que tiene el alma de haber ofendido a su Dios; pero por otro cabo es el regalo del alma: y son estas lágrimas en ella más dulces que la miel, porque aunque Dios la da este sentimiento de dolor de haberle ofendido, da otro sentimiento de amor, en que conoce que le agradan, y que le pesa de veras de haberle ofendido, y que le ama: el cual amor y contrición causa gran consuelo en el alma, y así la recibe Dios y consuela, porque se ha vuelto a él por amor.

CAPÍTULO VII

De cómo el cautiverio de los hijos de Israel en poder de Faraon, es figura del alma que está cautiva por el pecado mortal, en poder del demonio

Después que Dios sacó a los hijos de Israel del cautiverio de Faraon, los regaló como a amados y queridos suyos. Hízolos pasar el mar Bermejo a pie enjuto, y ver ahogar en él a sus enemigos, vengándolos Dios de ellos por su propia virtud. Hízolos señores de gran parte de sus haciendas, de plata y oro; regalólos enviándolos de comer, por ministerio de ángeles, comida del cielo, que tenía el sabor que cada uno quería, y en abundancia cada día: diólos y enviólos una grande hacha de resplandor, que de noche les hacía luz para que se viesen y tratasen y para de día les dió una nube que se ponía delante del sol, que los guardaba del sol; porque no los dañase el sol y enojase. Y estos regalos usaba Dios para con sus cuerpos: conservábales los vestidos y el calzado que no se envejecieren; hizo salir de una piedra dura una gran fuente de agua, para que se recreasen y bebiesen: en conclusión, no paró Dios hasta llevarlos a la tierra de promisión que les había prometido.

Si según el cuerpo obró Dios con ellos tantas maravillas, ¿qué hará a los que él saca sus almas del cautiverio del demonio, y se vuelven a él, y se humillan y sujetan? A los cuales el Señor da su gracia, y los recibe en su amistad. ¿Qué favores serán los que recibirán de Dios tan grandes? ¿Qué de regalos, qué de consuelos, qué de dones y perfecciones, tesoros y riquezas que pondrá en la tal alma, como aquella que es tan graciosa y hermosa a sus ojos? No parará hasta llevarla a la tierra de promisión celestial de la bienaventuranza, adonde se mantendrá de

aquel maná celestial del cielo, que es la clara vista de Dios, gozando de él: el cual será su mantenimiento del alma para siempre y su gloria, con su nueva hartura de todos los bienes, gozando de Dios para siempre, sin jamás perder este gran tesoro.

Perseveremos, pues, en el servicio de este tan poderoso Dios, porque no perdamos su gracia, como la perdieron los hijos de Israel idolatrando, y nos la quiren como a ellos, y la tierra de promisión, que es la gloria. Al que sale del cautiverio de Faraon, es a saber, del cautiverio del demonio, como se pasa a su Dios y está en su gracia, luego le pone Dios (porque ya le es gracioso) a sus enemigos debajo de sus pies, como lo hizo con los hijos de Israel, ahogando a todos sus enemigos delante de sus ojos: *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem*¹: con el cual favor de Dios hacen gran fiesta las almas a su Dios, cuando vieron cómo Dios había ahogado en el mar a todos sus enemigos.

Y como a ellos les dio comida del cielo material; a las almas se la da otra comida más alta, que es el Santísimo Sacramento del altar, y de aumento de gracia y de favores. Y como a ellos les dió quien los alumbrase de noche a sus cuerpos; a las almas, que están en su gracia, las da otra mejor luz con que sean alumbradas, para más contentar a Dios y para no errar el camino del cielo. Y como a ellos les dio defensa del sol, porque no los dañase; a ellas las defiende de sus enemigos. Y como a ellos no se les envejecían los vestidos, a ellas les da gracia para que perseveren en su gracia y servicio. Y como a ellos les dio agua viva de una gran fuente, para que bebiesen; a las almas, que van a él a pedírselo, les da la fuente de su misericordia y de su gracia, para que maten la sed. Y como a ellos les dió la tierra de promisión para sus cuerpos; a las almas, que van a él a pedírselo, les da la fuente de su misericordia y de su gracia, para

1 Ps. XC, 13

que maten la sed. Y como a ellos les dio la tierra de promision para sus cuerpos; a las almas que da su gracia y acaban en ella, las da la tierra de promisión del cielo, que es el gozo de Dios para siempre.

Después de haber alcanzado esta preciosa gracia de Dios, será el segundo remedio que se sigue.

CAPÍTULO VIII

De otros dos medios para alcanzar la gracia de Dios y perseverar en ella

El segundo remedio para alcanzar y perseverar en la gracia de Dios será que por medio de los actos de la contrición de los pecados, que después de la confesión general ya dicha, que prosiga adelante a menudo con los actos de la contrición, diciendo muy a menudo con los actos de la contrición, diciendo muy a menudo, levantando el corazón a Dios: "¡Oh Señor de mis entrañas, quien nunca te hubiera ofendido! Ten misericordia de mí, y dame gracia que antes miera, que te ofenda: porque yo no quiero vida, sino para servirte; y si os tengo de ofender, quitádmela antes o guardadme de todo pecado, por mínimo que sea." Y para conservarse mejor el alma en esta gracia de Dios, hacer el exámen de la conciencia dos veces al día con gran cuidado de irse cada día mejorando, pidiendo al Señor para ello su gracia y favor, y confesando a menudo, y comulgar como le pareciere al confesor a menudo: y así irá el alma de bien en mejor cada día y (creciendo) ¹ en virtud y santidad.

El tercer remedio para alcanzar la piedra preciosísima de la contrición y gracia de Dios, es el que se sigue. Pues lo que ha de

hacer el alma es ponerse con los ojos del alma delante de Cristo Nuestro Señor crucificado, echando la vista de su entendimiento y consideración en él, mirándole desde los pies a la cabeza cuál está, y lo mucho que por mis pecados padece. Considérale, alma mía, colgado en la cruz, lleno de dolores y tormentos, corriendo por todas partes de su bendito cuerpo sangre por tus pecados, coronado de una corona de espinas muy duras, y enclavado en la cruz. Y después de haberle visto tan llagado y corriendo sangre, habla con él con grande humildad y reverencia de esta manera:

"¿Qué es la causa, Dios mío, de esos tus tantos trabajos? ¿Qué es la causa, amado mío y Señor mío, por qué tengas esa corona de espinas en tu santo cabeza, que tanto te atormenta, y te da tantos y tan grandes dolores? ¿Qué es la causa, amores de mi alma, por que lloras con tanta abundancia de lágrimas en esa cruz? ¿Qué es la causa, Dios de mi corazón, por qué esa vuestra bendita boca es tan amargada de hiel y vinagre? ¿Qué es la causa, Señor de mi corazón, por que vuestro sacrosanto rostro está tan afeado y amarillo, siendo alegría de los ángeles? ¿Qué es la causa, rey del cielo, por qué vuestros oídos están tan atormentados y bañados en sangre, y vuestra nariz tan afilada y perdida la color? ¿Qué es la causa, Dios mío de mi alma, por qué vuestras santas manos están con tan grandes dolores enclavadas en la cruz? ¿Qué es la causa, amado mío de mi alma, por que vuestro santo costado y corazón está abierto y herido con la lanza? ¿Qué es la causa, Hijo del eterno Padre, por qué vuestro santos pies están tan atormentados, y enclavados con tan gran crueldad en esa cruz? ¿Qué es la causa, santísimo Jesús, por que vuestro santo cuerpo esté todo hecho una llaga, y lleno de tormentos desde los pies hasta la cabeza? ¿Qué es la causa, amores de mi alma, por que así estáis tan desamparado en esa cruz, siendo Vos el consolador de los desconsolados? ¿Qué es la causa, espejo en que yo me miro, por que así os

blasfeman los judíos, siendo Dios verdadero, y bondad infinita? ¿Qué es la causa, lumbre de mis ojos, porque así os tengan desnudo en esa cruz? Responedme a estas preguntas que os he hecho, Dios mío y Señor mío."

"Escúchame, pues, alma pecadora, que sin hablar, te responderá allá dentro de tu corazón. Sabrás que tú eres la causa de todos estos trabajos que padezco: porque tú me has parado tal cual me ves; tú me has coronado de espinas y puesto en esta cruz; tú me has dado a beber hiel y vinagre; tú eres la causa de mis muchas lágrimas; tú me has clavado en la cruz, tú me has alanceado con tus pecados; tú me has afeado, y azotado y, atormentado, y escupido: por tu causa lloro y padezco: tuya es la culpa, y yo tomo sobre mí la pena. Considera, pues, alma pecadora, los muchos males que me has hecho, siendo yo tu Criador y tu Señor: pues me has puesto de la manera que me ves en esta cruz. Considera qué merece quien así me para, para que llores tus pecados, y alcances perdón de ellos. Considera tu grande crueldad y desamor, y mi grande amor para contigo, que así hayas parado a tu Dios, a tu Señor, a tu Rey, a tu Criador, a tu Salvador, al que te ha hecho tantos bienes. Mírame, pues, bien desde los pies a la cabeza en esta cruz, para que conozcas tu maldad, tus pecados, tu desagradecimiento."

Llora, pues, pecador, el gran mal que has hecho y cometido contra tu Dios. ¡Que así haya puesto la criatura a su Criador, y así le haya tratado tan desvergonzadamente! ¡Oh desventura! ¡Oh crueldad! ¡Oh maldad grande! y con todo ¡que no te aborrezca! ¿Quién no muere de compasión y de amor de un tan buen Dios? ¿Quién no se consume de dolor de haberle ofendido? ¿Quién no llora de noche y de día sus pecados, dando voces interiores a las puertas de su misericordia, pidiendo de tantos males perdón, echado y postrado a los pies de Cristo?

Pues humíllate, alma mía, delante de este Señor: y derribado a sus pies, considérale desde los pies hasta la cabeza lleno de

dolores y tormentos, y hálbale de esta manera: "¡Que tú, Dios mío; llores por mí! ¡Que yo te haya puesto de esa manera! ¡Que yo te haya sido tan desleal! ¡Oh amado mío y querido mío! ¡Oh Señor de mi corazón! ¡Que a tanto haya llegado mi maldad, oh Hijo del eterno Padre y telas de mi corazón! ¿Por qué te he puesto en esa cruz, oh gloria mía y sabiduría del Padre, oh amado de mi alma, oh Dios de mis entrañas y Señor mío, oh querido de mi alma y deseo de mi corazón, oh lumbre de mis ojos y rey de gloria? ¿Cómo he sido tan desvergonzado contra Vos y tan cruel? Perdonadme, Redentor de mi alma y gloria mía, y todo mi bien, que a mí me pesa de todo corazón de haberos así puesto con mis grandes y muchos pecados: *Tibi soli peccavi*, dulce Jesús: *miserere mei*, Señor, *miserere mei*."

"Tarde te conocí y a tí me volví, amores de mi alma. ¿Por qué te he dejado tantas veces, Señor mío? ¿Por qué te he vuelto las espaldas tantas veces, espejo en que yo me miro? ¿Por qué te he ofendido tanto tiempo, y te he sido tan desleal, oh telas de mi corazón, oh amado de mi alma oh querido mío y Señor mío, oh todo mi bien y alegría? ¿Qué diré? ¿Qué hablaré? ¿Qué confesaré delante de tí sino la verdad, diciendo: *Peccavi*, lumbre de mis ojos, *in celum et coram te: non sum dignus vocari filius tuus*? ¡Dios mío! ¿Que a tí haya yo tratado de esta manera, mi Señor? ¿Que tan mala paga y tan malos servicios haya hecho a tantos beneficios y mercedes? ¿Que así haya tratado la criatura a su Criador? ¿Cómo, alma mía, no te consumes y deshaces de lágrimas y de dolor de haber ofendido a tu Dios y Señor? Derribate, y échate a sus pies, y dile: "Vesme aquí, Dios mío, haz de mí a tu voluntad: que no puede ser sino bueno todo lo que tú hicieres de mí; que a mí me pesa de haberte ofendido de entrañas y de corazón.

CAPÍTULO IX

Del segundo reino y paraíso que ha de pedir el alma a su Dios

El segundo reino y paraíso del alma, que ha de procurar el alma y pedir a su Dios, es el que se sigue, el cual es el de la grande paz y suma tranquilidad y reposo que acá el alma en esta vida puede alcanzar con la gracia de Dios. Y esta tan grande paz se alcanza con pelea. *Regnum coelorum vim patitur: et violenti rapiunt illud*; y esto, venciéndose el hombre a sí mismo por Dios: y también con pedirla a Dios, juntando el ejercicio de la oración y mortificación, peleando el hombre contra sí mismo venciéndose. El cual paraíso, y reino de la paz y tranquilidad; que alcanza el alma por este camino, es tan grande, como dice San Pablo, que excede a todo sentido, y que no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado. Lo cual da Dios al que varonilmente se vence y mortifica en el espíritu; porque aquí ha de hacer ella asiento: porque este reino de los cielos y paz verdadera lo alcanzan los esforzados, y que se niegan y persiguen a sí mismos por amor de Dios: porque sin pelea, desengañémonos, que no hay victoria, ni ganancia, ni limpieza de alma, ni el reino de la paz ni santidad, ni ejercicio de virtudes, ni perfección, ni imitación de Cristo, ni en el cielo corona.

Este es el camino por donde el alma viene a alcanzar el reino de la paz, y el paraíso, y el reino del cielo, venciendo el hombre a sí mismo. Pero es de saber que aquel alcanza este divino don de Dios con más alta perfección y merecimiento, que Dios le cargare de sus tesoros, que cargó a su Hijo, que fué de trabajos; con los cuales, venciéndose en ellos y abrazándolos por su amor, será colmado de los divinos dones de Dios, y de sus

riquezas y tesoros, y de su divina gracia. Y cuánto estos trabajos fueren más y mayores, más perfecta será la paz y tranquilidad del alma ganada con pelea y la gracia de Dios.

Este paraíso, paz y tranquilidad y reposo del alma posee el alma y goza, cuando ella está muerta a todas las cosas de esta vida y a sí misma, y viva a solo Dios: y entonces el alma es morada y asiento de Dios, viviendo y estando Dios en ella por gracia, y ella en Dios por amor; porque el muerto tiene tan grande paz, que no hay en el mundo quien le pueda apartar de ella, por estar muerto, ni quien le pueda inquietar. Así, pues, el alma que por la gracia de Dios ha llegado a estar muerta a todas las cosas de esta vida y a sí misma, es a saber, que ha llegado a estar mortificada, *Mortui estis, et vita vestra abscontida est cum Christo*, viene a tener y poseer suma y grande paz, por haber ya vencido todos sus vicios y pasiones y malas inclinaciones, y sensualidades, que la daban guerra, e inquietaban, y molestaban: y como ya las tiene con pelea vencidas y mortificadas, que están como muertas, no desasosiegan al alma ni la quitan su paz: y como ha vencido sus afecciones todas, que tenía a las cosas de esta vida y a sí misma, vive con grande paz y sosiego.

Esta tal alma es propia para andar siempre con Dios, por no tener cosa en esta vida que se lo pueda impedir desasosegándola: porque como es ya todo espíritu, y no tiene cosa de carne, de su peso vuela a Dios, y habita siempre con él. Estas tales almas son como la palomita que Noé echó del arca después de pasado el diluvio; la cual no vio la hora de volverse al arca con un ramito de oliva en el pico: así mortificados, como están en Dios, aunque entiendan en el mundo en cosas necesarias con el cuerpo; con el corazón y el espíritu se van a su carga de reposo, como la palomita, es a saber, que se van a su Dios, porque no pueden hallar descanso fuera de él. Los mundanos hacen al contrario, que como el cuervo se quedó, entregándose

en comer carne de los cuerpos muertos, no volvió al arca; así los que se dan y se quedan con su corazón y alma con los cuerpos muertos de las cosas de esta vida, están ahogados en ellos y así viven olvidados de Dios y sin esta paz. *Regnum coelorum vim patitur*¹.

Este tesoro y paraíso que en el alma hay, (que son los trabajos que de la mano de Dios la vienen, con los cuales es visitada de Dios muy a menudo), es cosa preciosa: porque con ellos Dios la enriquece más que con los regalos y consuelos y la da el paraíso y reino de la paz, venciendo ella en ellos: porque con el ejercicio que tiene peleando contra ellos hasta alcanzar victoria por amor de Dios, alcanza el alma la perfecta caridad, que dice San Pablo que *Foras mittit timorem*²: en la cual está la cumbre de la paz del alma y de este reino y paraíso, á tanto grado, que diga con el mismo apóstol en todos sus trabajos: *Superabundo gaudio in omni tribulatione*³. Y para alcanzar cosa tan grande, *Per multas tribulationes oportet intrare in regnum Dei*⁴. Y entonces dirá el alma, conocido este tan grande tesoro y reino de los trabajos: *Absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*⁵. Lo cual experimentó y conoció y probó el santo apóstol, y ganó con los tantos toques de tribulaciones que tuvo, conociendo lo mucho que el alma agrada a Dios en sufrir por su amor tribulaciones y trabajos, en los cuáles ganó él tanta virtud y santidad, que dice él de sí: *Quis me separabit a charitate Christi?* . ¿ Por ventura la hambre, la sed, la desnudez, el cuchillo? Y en otro cabo dice: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut habitet in me virtus Christi*.

Este es el paraíso y paz del alma, la perfecta caridad que aquí descubre el apóstol que había ganado con el ejercicio tan grande que tuvo de padecer por Cristo: en lo cual hacía con tan grande

1 Matth. X, 12

3 2 Cor. VII, 4

5 Gal. VI, 14

2 1 Joan. IV, 18

4 Act. XIV, 21

perfección la voluntad de Dios, padeciendo por su amor. En este amor tan grande que tiene el alma, está su gozo padeciendo, y su consuelo; y en ella está la cumbre de la perfección y de la paz, y entonces está el alma vacía y desnuda de sí misma y vestida y ataviada de Cristo, diciendo con gran gozo y alegría: *Absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi* ¹. En la cruz y en el padecer por Cristo es la salud y la vida; en la cruz es la defensa de los enemigos; en la cruz es la fortaleza del corazón; en la cruz está el gozo del espíritu; en la cruz está la suma virtud; en la cruz está la perfección de la santidad. Aparéjate, pues, á sufrir muchas adversidades en esta vida; y así será contigo Jesús. Bebe con deseo el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo. Encomienda á Dios las consolaciones, y haga su Majestad lo que más le plugiere: y tú dispón tu voluntad a sufrir tribulaciones, y estimarlas por grandes consolaciones. Cuando llegarás a esto, que la tribulación te sea dulce por amor de Cristo, piensa que te va bien, porque hallaste paraíso en la tierra. No hay cosa a Dios más aceptada, y no hay cosa para tí en este mundo más saludable, que padecer muy de buena voluntad por Jesucristo. Y si te diesen a escoger, más deberías desear padecer cosas adversas por Jesucristo, que ser recreado de consolaciones: porque en esto parecerías más a Jesucristo. No hay cosa en el cielo más preciosa, que el amor glorioso de los bienaventurados: y en la tierra, el amor atribulado de los justos: y por ser este padecer por Cristo cosa tan alta y de tan gran valor, y agradarle a él tanto, dijo el Señor: *Si quis vult venire post me abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me*.

Por este ejemplo que se sigue, se verá cuán gran cosa y de cuán grande valor es para el alma, para alcanzar la suma tranquilidad y paz, el negarse y vencerse a sí misma por Dios; lo

¹ Gal VI, 14

cual viene muy a propósito con lo dicho de Cristo Nuestro Señor, para seguirle: y es que el principio viene con el fin, y el fin con el principio, y conforme a esto serán los remedios para alcanzar esta paz y paraíso del alma.

Estaba un siervo de Dios un día pensativo, considerando entre sí y pensando qué será de los que pelean y no pelean. Considero yo, que Dios en este pensamiento le daría a conocer el gran bien y premio que Dios daría a los que por su amor pelean y se vencen por Dios, y la grande gloria que alcanzarían, y paz en esta vida y grande amistad y gracia de Dios; y al contrario, a los que no pelean, sino que se dejan vencer de sus vicios y pasiones, qué perdidos y desventurados se hallarán en el juicio de Dios; pues habiéndose entregado en sus vicios y negado a su Dios, se hallarán entregados a penas eternas en poder de demonios. Pues, viniendo a nuestro propósito, estando este siervo de Dios así pensativo, considerando y pensando entre sí qué será de los que pelean y no pelean, fué arrebatado en espíritu, y fué llevado con otro que en el camino se apareció y acompañó, y fueron llevados los dos a una hermosísima ciudad, llena de resplandor y gloria: y con el deseo de entrar dentro, se fueron a la puerta, la cual era de grande hermosura en gran manera: y llegados a la puerta, el uno tocó a la puerta, llamando para entrar; y uno de los de dentro respondió diciendo: "¿Qué quereis?" Respondiéronle que querían entrar. Respondióle el que estaba dentro: "Andad, y pelead, si quereis entrar acá, y menospreciad la cosas del mundo." Y así los despidió.

Aquí en este ejemplo se declara claro, que para entrar en el cielo, que es menester pelear, venciendo el hombre sus vicios y pasiones: porque sin pelea contra nuestros enemigos, no hay victoria ni corona. *Nom coronabitur, nisi qui legitime certaverit* ¹.

¹ 2 Tim. II, 5.

CAPÍTULO X

De algunos medios para alcanzar este segundo reino y paraíso

El primer remedio será ver que la salud y perfección del alma del hombre consta de hacer la voluntad de Dios Nuestro Señor, en lo cual consiste grande paz: a la cual voluntad de Dios debemos siempre en todos los momentos de la vida mirar y buscar en todas las cosas, para ejecutarla en todas las cosas con gran diligencia. El Hijo de Dios se hizo hombre para enseñarnos a hacer la voluntad de Dios, que es nuestro bien y obedecer.

El remedio segundo es, que trabajemos con sumo deseo en buscar cómo vengamos a esto, que nuestra voluntad sea tan conforme a la de Dios, y esté tan conjunta sea tan conforme a la de Dios, y esté tan conjunta de ella, que no quiera no solo el mal, mas ni el bien, que Dios no quiera; y de cualquier cosa que sea, y de donde quiera que sea que acaezca, en cosas temporales o espirituales, no se turbe la paz del alma.

El tercer remedio es, que profundamente y muchas veces consideremos cómo Nuestro Señor es omnipotente, y por tanto ninguna cosa puede resistir a su voluntad; y que él envía a los hombres lo que a él place; y que ninguna cosa les puede acaecer, de bien ni de mal, sino queriéndolo él o permitiéndolo. También considerar cómo Dios es infinitamente bueno y amoroso, y por tanto no puede querer para el hombre cosas malas, sino cosas provechosas y saludables, y no mal alguno: porque le quiere y le ama con amor inestimable. Por aquí conoceremos cómo las tribulaciones, y tentaciones, y dificultades, y deshonras, y enfermedades, y las persecuciones, y cosas adversas que nos vengan, desde lo menor hasta lo mayor, no venir del Señor sino para provecho de la salvación del hombre, y para

que se corrija y alcance virtudes con tan alto ejercicio, como nos da para ello, como son los trabajos. El que esto bien creyere, sujetará su voluntad a la divina; y con esto tendrá reposo en su espíritu siempre, y no habrá impaciencia; porque cualquier cosa que sea, y donde quiera que venga, entenderá el Señor disponer todas las cosas suavemente, y venir de su bendita mano, y de la fuente profundísima de su amor: y así en todas ellas considerará al Señor por autor, y no al prójimo, ni al demonio: y, de aquí, de tal suerte se fortificará el alma con paciencia inexpugnable, y en suma tranquilidad y paz, que no sólo con ánimo paciente sufre las adversidades, pero con gozo y alegría, gustando en todo lo que interior y exteriormente le acaeciére la dulzura inefable de la caridad del Criador. Casi todo esto es de Santa Catalina de Sena.

El cuarto remedio para alcanzar esta paz y paraíso del alma, como dice *Contemptus mundi*, mire en toda cosa lo que hace y lo que dice, enderezando su intención a agradar a solo Dios, no codiciando ni buscando cosa fuera de Dios. No está la perfección del hombre en tener consolaciones, ni la paz del alma, la cual es la que se gana con pelea, venciendo las cosas que la quitan esta paz; pero está esta perfección y paz del alma en ofrecerse el alma de todo corazón a la divina voluntad, no buscando su interés en lo poco ni en lo mucho, en lo temporal ni en lo eterno: de manera que con rostro igual en toda cosa dé gracias a la suma bondad, pesándolo todo con un mismo peso. Y si fuere el alma tan fuerte y sufrida en la esperanza, que quitada la consolación interior, se parejare su corazón para sufrir mayores cosas, entonces anda en el camino de la verdadera paz; y si llegare a menospreciarse del todo, gozará de abundancia de paz.

El quinto remedio para alcanzar esta bendita paz, paraíso, y reino del alma, es pedirlo a Dios con ansias y suspiros, como cosas de tan gran valor: lo cual dará él de buena gana al que se

lo pidiere, como lo hizo con el abad Teodoro, que alcanzó de Dios no turbase, aunque se cayese el cielo.

El sexto remedio, y muy importante, para alcanzar este reino de la paz, es que el alma se ejercite en perseguir sus propios querer cada momento, andando siempre acechándose como a enemigo, venciénolos por amor de Dios: y también todas sus repugnancias, que son los no querer propios, hasta que no reine en ella querer o no querer propio, porque así reine en ella solo el querer o no querer de Dios, en lo cual consiste el gran reino de la paz. Porque estos propios querer y no querer son los que hacen gran guerra al alma, desasosegándola e inquietándola en las cosas contrarias que la vienen: por lo cual ha de mortificar y vencer el alma todas las cosas contrarias, penosas y desabridas, que la vengan en esta vida, desde lo menor hasta lo mayor delante de Dios; y con esto también todas sus aficiones y amor propio que tiene a las cosas de esta vida, que la inquietan y desasosiegan, y dan pena y tristeza; para que así muriendo a todas las cosas de esta vida, viva a solo Dios: porque así pueda decir con San Pablo: *Vivo ego, jam non ego; vivit vero, in me Christus*¹.

Estos tales son verdaderamente imitadores de Cristo, porque llevan su cruz con Cristo. Bianaventurados estos tan mortificados: porque estos tales son los limpios de corazón que verán a Dios, pues viven limpios como ángeles. Estos tales imitan a los ángeles del cielo en la vida en la presencia de Dios, en el amor de Dios, en la limpieza de pecados, en la castidad, en la obediencia, en la continua oración, en la humildad, y en toda santidad: y allá gozarán del cumplido reino de la paz, de la gloria, gozando para siempre de Dios. Amen.

1 Gal. II, 20.

CAPÍTULO XI

Del tercer reino y paraíso que ha de pedir el alma a su Dios

El tercer reino, y paraíso, y paz del alma, y suma tranquilidad, se ha de alcanzar, con la gracia de Dios, con el ejercicio de la oración y mortificación: con el cual ejercicio se desnuda toda el alma y vacía de sí misma, para volar a Dios, y tratar con él, sin que la impida nadie. Es este reino y paraíso el de la contemplación y unión con Dios, estando el alma contemplando sus perfecciones. Esta contemplación es el reino y paraíso que el alma con la tranquilidad, y reposo tan grande y tan deleitable, cual sólo lo saben los que lo han probado; y esto, por estar toda el alma con pureza mental anegada y escondida y trasladada en su Dios, estando los dos a solas, comunicándosele Dios al alma alta y divinamente con grande familiaridad y amor, estando el alma con su Dios gozando de su divina dulcedumbre y amor, admirada de sus altísimas e infinitas perfecciones y gloria, bondad y resplandor y hermosura.

Porque si el hombre con los ojos corporales pudiese ver y viese todas las lindezas y hermosuras, que Dios tiene criadas en el mundo, todo en un punto y tiempo, las cuales le tuviesen muy admirado la gran muchedumbre de todas las cosas preciosas y hermosas que en él hay, y de una vista lo viese todo en un punto; es cierto que se quedara tan anegado y admirado en ellas, que no se podría distraer, por estar todo en ellas, ni se podría por entonces acordar de otra cosa por estar todo en ellas gozando de su vista tan deleitable: y así estaría gozando de la vista de todas ellas con suma tranquilidad y paz, sin distraerse en otra cosa, estando en todo lo que tendría presente gozando con su vista de